

*Hasta el capuchón en que habito, desde muy lejos,
me llegan el latir del mundo, sus silbidos y alaridos,
con los cuales me atreví a armar, soñando, estos gajos,
estas misas con luz violeta.*

Misa de Pascua

Salió un perro-zorro y vino al ruedo. Tenía el hocico largo, trotó un poco y robó un huevo de los que estaban en las ventanas, de regalo. Lo llevaba entre los dientes sin apretar.

Volvió por otro y otro. Los llevaba y volvía en la hora oscura del alba. Trabajando cautelosamente, con el hocico largo y húmedo y humectante, como un palo y como un falo. Se llevaba así —adónde— los huevos de Pascua, que eran de diversos colores. Blancos, de gallinas corrientes. Grises con puntillo, muy finos, de los más. Dentro, porque se quebró uno, había gasas y una capa de crema. Y los huevos rojos de siempre, los más elocuentes.

El perro tuvo un enfrentamiento con una gallina; ésta se asustó y quedó tiesa. Él le decía, mostrando las fauces hasta el fondo, las muelas facetadas: «Dame un huevo». La gallina abrió un poco las piernas y echó uno que se partió en el piso. Muerta de terror, casi convertida en efigie, pensó, diseñó, con su mentalidad específica, otro, bello; se echó muerta de espanto y lo dio. Era hermoso, blanco con una almendra hincada. Parecía una joya y un

helado. El perro se acercó. La gallina voló, quedó parada en el aire, volando sin volar, siempre muerta de miedo. El perro probó el producto. Vio era óptimo, comió todo, la almendra y lo interior como una pepita de yema. ¡Qué sabor! Su cara quedó dulce, se relamía, cerró las fauces, mostraba sólo una parte de la boca que sonreía como diciendo: Dame otro; de esto ¡qué hermosura!, de esto no llevo, como yo.

La gallina no estaba para más. Se echó a volar con su corto vuelo, volando hacia atrás sin dejar de mirar a ese zorro y can. Se paró en el bosque, en una magnolia que ya estaba cargada de flores marmóreas, que vendrían de lejos, de Bangladesh, acaso, de Lhasa, que vendrían de Nínive. Las magnolias parecían pagodas, mezquitas, y, sin embargo, se asociaban a ese alba y esa cristianía.

El perro-zorro trotó de nuevo. Robó de las ventanas los huevos de Pascua.

Entró en la casa y se echó. La ama lo miró, ya era bastante. Estaba combinada con él. Le agradeció. Batió en la olla imaginando el budín.

Afuera, se iniciaba un tumulto, parecía una desgracia, aunque alguien cantaba, parecía. Al asomarse vio gentes de más allá, pero gentes conocidas. Cortaban leña. Gritaban que iban a matar a un perro. Que lo iban a castrar, que sabían cuál era. El perro se escondió. La dueña lo tapó.

Pasó la señora Auristela; había abortado soltera, según se contaba. ¿Cómo tan temprano? Si dormía hasta las once esa señorita.

Vino una pequeña novia de la noche anterior. Vino otra novia. Golpearon en el cristal.

Miraban a la anciana, le hacían señas sobre sus vestidos de tul, sus enaguas nevadas, sobre las que se traslucían manchas punzó. Ella dijo:

—¡Prosiga, señora Desirée! ¡Prosiga señora Santa Elizabeth! Aquí no hay nada que hacer.

Después, todo pareció alejarse. El alba quedó a oscuras. Preparaba el budín, batiendo con las ma-

nos sarmentosas. La alta figura encorvada, la boca ya hundida.

Sin darse cuenta, casi, o al ver que en vez de aclarar, oscurecía, se asomó para afirmar la puerta. Vio las telarañas brillando con muchas medallas brillantes. Como cuando viene tormenta. Las arañas ocultas bajo las hojas se iban enseguida, a sólo una mirada, al centro de la red.

En la puerta había crecido un alelí, color vino y con muchos caireles. Estorbaba el paso y no se animaba a quitarlo. En eso vio a alguien pegado a la pared. Con expresión extraña. Era un joven fornido, de camisa abierta a pesar del oscuro día, el pantalón apretado, la melena rubia hasta el hombro sombreando los ojos celestes.

Cuando iba a reforzar la puerta, el joven ya estaba dentro y la tomó del hombro. Ella, aunque era grandota y de voz espesa, dijo con expresión de niña: —Yo hago un budín.

Él contestó: —No importa. No vengo a comer. Vengo por usted. El perro con el que está combinada es suyo; robó los regalos de huevos de las ventanas. Pero tampoco me importa. Yo vengo por usted.

Y le hizo un gesto ambiguo, y reconocible.

Ella, de tanto terror, quedó como si no temiese. Explicó: —Yo soy viejísima. Creo que noventa. Mis padres murieron ayer. (Se equivocaba con el tiempo.)

—Sin embargo, no hay caso. Traigo sólo esa propuesta.

—No tengo senos. Se marchitaron.

—Los haré revivir. Venga a la alcoba íntima.

Ella echó una mirada al rojo budín; se seguía tejiendo solo y ya daba un aroma a azúcar de rosas, durazno y anís. Un perfume adecuado para lo que estaba por suceder.

En un lampo ella recordó su casamiento, hiladas de años atrás. Tenía apenas catorce, aunque por lo al-

ta y fornida, representaba treinta. Tenía un leve bigote y el alma trémula. No conocía al novio, sólo unas palabras algunas veces. Sus padres arreglaron el casorio. Y llegó la noche de aquel día, y quedó sola con el hombre, que era más bajo que ella, hecho con troncos. Ella se puso la camisa propicia. Su madre le había dicho: —Jamás te desnudes. Es pecado. Que no te vea los pechos. No te vea nada.

Ella no entendía.

A él, también, la madre dijo: —No cometa delitos en ella. Es un pollito. Respete su camisa. Sólo hágale hijos. No le haga sentir nada. Que conserve la inocencia.

Cuando quedaron solos en el camastrón, y en una hora confusa, había una vela cerca del ropero, que oscilaba y no se apagaba.

Ella se ofreció con el camisón no sabía a qué. Algo le habían dicho otros niños. Pero estaba equivocado.

Mientras pensaba esto, un animal la topó, se le vino encima. La punzaron unos cuernos. ¡¿Cómo había entrado ese animal?! ¿Sería una pesadilla? Mas vio que era cierto.

Gritó, llamando al marido.

Y se dio cuenta de que eso era el marido. Pues, le decía: «Aquí estoy, aquí», arriba de su barriga.

Ella no se animó más que a decir, recordando a la madre: —Hágame los hijos. Y durmamos, después durmamos, señor.

Al principio, lo quiso maniatar, sustraerse.

Él se endemonió, le pegaba nombres raros, que, sin embargo, funcionaban. Le hacía ocultas señas, casi adentro. Y ella empezó a entender y a contestar. Ante la sorpresa de él. Que le preguntó:

—¿Usted es la señora Violina, la virgen?

—Sí, señor, que lo soy.

—¿Y cómo no grita?

—Y...

En ese instante algo se rompió. Como un cartílago, un elástico, un hueso de porcelana roja se abrió en dos.

El marido se inundó, escuchó manar. Le dijo: —Acabo de romperla, esposa. Ahora, sí, ahora va a ver.

Por un ratito se oyó un ruido. Que ella en su vida volvió a oír. En los días siguientes tiraron las camisas. Él no iba al coto a trabajar. Casi no comían. Si no plantaban no comerían.

Hervían unos maíces que les habían regalado para los primeros días.

Se mordisqueaban mucho, usaban a destajo dientes y lenguas. Ella era grandota, mujer dura, con leve bigote, grave dentadura. Llevaba la voz cantante. Cuando vinieron los padres a espiar, hicieron, por orden de ella, como que no estaban.

Al fin él fue al coto a cortar la tierra, aunque siempre mirando hacia atrás, dando dentelladas, como si aún de lejos, la poseyera.

Un día ella se le acercó; venía oscura y fuerte en el viento. Le avisó que iba a parir. Se tendió en el maizal arriba de un saco. Él la ayudó.

Le sacó de adentro dos formidables conejos, por decir así, dos criaturas fornidas, velludas, más grandes que ellos. Los llevaron a cuestras, les hicieron cuna en los huecos de la pared, los abrigaron. Llevaban uno cada uno, y, a veces, uno llevaba a los dos.

Ella les daba de mamar a la vista, sacando a luz los pezones de fiera, largos como dedos. También les daban de comer huevos, de palomas y otros bichos, que él conseguía identificando nidos.

Los niños murieron al poco tiempo. Eran demasiado grandes, como hechos a la apurada, entre otras cosas más importantes y acuciantes, entre aquellos unguentos.

No volvieron a concebir, no lo querían.

Aguardaban la noche o que se sombreara el día para ponerse a... Él utilizaba otro verbo, otra palabra que ella no aprendió a pronunciar.

Los animales sin nombre de las casas son sensibles a cosas así. A su modo los espían. Una noche cayó un vampiro ancho y pesado del techo y se

aplicó al muslo de ella, estando en mitad de un coito deslumbrante y terrífico. Ella tenía un liviano olor a sangre y a menta, ya que tomaba ese té para estar presta y no desmoronarse, después de cenar.

El murciélago chupó un poco, se quedó. Lo toleraron. Era bueno que participara un animal. Lo habían deseado sin que se les presentase claro. No sabía él por qué, pero la trabajaba mejor al ver que otro también estaba prendido en la piel de ella.

A la noche siguiente el vampiro volvió. Pero él se enojó. Entonces, lo mataron.

Al día siguiente, él lo recogió de entre las botas, al pie de la cama, y lo tiró por la ventana, diciéndole: —Yo te voy a dar, enano, coser mi mujer.

Pero ella era lista, o se había vuelto. Cuando él iba al coto, ponía a hervir el maíz, asegurándose de que hasta mucho más tarde él no tornaría. Entonces, miraba hacia arriba, entre las vigas, daba un silbo que la naturaleza le dio como útil, y aguardaba en la pose adecuada.

No siempre, pero alguno bajó, y se saciaron mucho.

También cometió infidelidad —oh, terror— alguna vez, con el vecino, el único, que dormía en la choza de al lado. Era joven y ruin, arruinado.

Fueron deslices en mitad del día, de noche, imposibles. El ruin casi no hablaba. Tenía miedo y pasiones inconfesadas. Los días eran raros, los de la infidelidad. Entre aquellos árboles oscuros, cerca de la casa conyugal. Aquel hombre menudo, desconocido. Le oprimía la cintura, hacía un esfuerzo, porque era cortito, para besar, en el trance, la boca de ella, tan recia, tan llena de dientes picudos, sombríos, que utilizaba como si él fuese su presa de un día. Y no hubo muchos; al vecino dejó de apetecerle. Cuando ella apareció le echó un ramo de lirio con hojas y bulbos. Como una despedida, y cerró la puerta.

En el organismo de ella quedó una nostalgia inmensa. Estando enlazada a su marido, clamaba «Algo falta». Y él, afligido y furioso, clamaba «¡¿El murciélago?!».

A los días siguientes, le propuso hacer bajar otro. Ponérselo en un seno.

Pero no se efectuó. Los murciélagos parecían también estar indiferentes.

Una mañana oscura, él ya en el coto, pasó un familiar, por casualidad. De él. Llovizó. Se pusieron a comer maíces. El pariente dijo: —Tía, señora Violina, ¿cuándo va el tío al pueblo?

Ella entendió, díjole: —Va pasado mañana, a traer la compra.

—Bien, vendré, señora Violina, espéreme, no faltaré. Comió otro sorbo de maíces.

Besó una oreja de ella; era patente al lado del rodete, parda y ovalada como una ostra.

Ella contestó al beso diciendo: —Hoy hay tiempo. El señor viene mucho más tarde.

Paró la lluvia.

El sobrino dijo: —Yo estuve en vuestro casamiento, señora Violina, me encanté de usted. Me hubiera venido con ustedes. Pero era hoy el día —expresaba, ya contenido lo suyo en el formidable tazón de ella.

Un día el marido murió.

Ella, después de unos días, mandó quemar los murciélagos. Después, viejísimos, mucho después, hacía poco, murieron los padres. Ahora, ella ya tendría cuántos... noventa.

No sabía cómo en un minuto había hecho su historia en su mente, de nuevo. En voz alta sólo dijo: —Noventa.

El joven, aguerrido, bellissimo, le dijo: —No importa. Usted estaba sola y vengo por usted, vamos, apréstese, y no precisa, venga como está. Yo sé comprender.

Ella murmuró: —El budín...

Y miró a la cocina donde el budín se desparramaba, goteaba, caía en un granate río de gemas.

Él comentó: —Dejemos eso. Que se queme —porque corría una llama—. ¿Qué importa? Venga. Vamos. A la alcoba íntima.

Ella tiritaba, titilaba, le daba vergüenza. Quería erguirse y no podía. Hacía tiempo que estaba agobiada. Hacía tiempo que no hacía eso. Ni con un murciélago.

Casi no abrió la boca porque no tenía dientes — se alimentaba de budines blandos. Al pasar, se metió en un ropero. Tuvo ganas de guardarse allí, aunque se asfixiara. Pero, no había caso. Él golpeó en el ropero. Hacía *chist... chist...*

Le ordenaba: —Venga. Ya estoy presto. Es nuestro instante.

Ella atinó a mudar su ropa interior, ahí, adentro del ropero. A echarse «agua de olor». En otro tiempo, ahora se acordaba, hubiese saltado desnuda, mordiendo.

Pero, así...

Él la recibió con albricias. Estaban al pie de la cama. Un humo creciente llegaba desde el budín. Ella dijo con una voz extraña: —Me muero de ganas.

Y no se sabía si del budín o de él.

El aroma a huevos de la cocina y un fuego como una enredadera ya adornaban toda la casa.

Él pareció más alto y más lejos. Sacó el sexo, desde el pantalón ajustado, cuando ella no se dio cuenta. Lo vio ya afuera. Un sexo robusto, afelpado, en cuya punta se formaba algo, empezaba a salir una cosa, como con trabajo, como una rosa y un jazmín del Cabo, una clara preciosa, que ella quiso tocar y beber.

El fuego venía rodeado de humo, de cosas, y casi la borroneaba, encendida como un ascua, todavía sentada al pie de la cama, sin acostarse. Y lo anulaba a él, del que quedaban allá arriba sólo los ojos celestes.

Ella, antes de volverse nada, pelusa, oyó que él decía: —Mi nombre es Dios. No me reconociste.

Y quedó allá lejos, como lo que era, una estrella fija.

Fin

En el funeral se oyó la historia toda de la víctima, señora Violina quemada.

Todos sabían su historia desde siempre.

Nunca se había casado, nunca tuvo relación alguna.

Sus padres murieron viejísimos. Eran casi de su misma edad.

Siempre vivió con ellos.

Ella casi no salía. Después, no salió más. Crió un perro que robaba huevos.

Una mata nació delante de su puerta y no la cortaba. A veces, espiaba hacia afuera o hacía un budín.